

Solo el amor salvará el corazón del mundo

33 El Musical



Esta tierra que habitamos está cada vez más necesitada de ternura, de sentires con aroma a hogar, de miradas que besen la piel del alma. A la luz de esta promesa anhelada, con el sol tendiendo su mano al despertar de la vida, brota el recuerdo de un Dios todopoderoso que se hizo hombre por amor. Tan solo por amor. Y hoy, 2.000 años más tarde, renace una obra para recordarte que, aunque solo quede penumbra en tus entrañas, ahí tendrás un corazón compasivo latiendo —en carne viva— para ti.



Christian Escuredo interpreta a Jesús.

«**E**l objetivo de este musical es que la gente se enamore de Jesús», resuena en mi cabeza, una y otra vez, mientras voy recorriendo el pasillo que guía hasta el escenario donde el Hijo de Dios, con los ojos abrasados de ternura, va a nacer de nuevo. Y así estoy, con la respiración suspendida en un soplo de viento, con el Dios a quien amo navegando —mar adentro y a toda vela— por mis venas...

La frase primera que estremecía mi curiosidad me llegó en la voz de Toño Casado, sacerdote, compositor y director de 33 El Musical. En ese orden, porque en su corazón ministerial arde por dentro el fuego del amor de Cristo, y no tiene más remedio que rendirse ante sus llamas. Toño desea hacer testigo de la buena noticia de Jesús al mundo de hoy. Así, desde la segunda fila del teatro que adorna, con la silueta de una catedral terrenal construida para la ocasión, el recinto

ferial Ifema, me cuenta cómo la Providencia le regaló escribir el libro más especial de su vida... «Cuando tenía 33 años, me planteé comunicar lo que es más importante para mí: el mensaje de Jesús, tal y como yo lo siento y lo intento transmitir con mi propia vida». Las palabras le brotan solas, aunque por dentro está algo inquieto porque, en 42 minutos de reloj, se estrena su sueño. Y, quién sabe, quizá también el de Dios.

Toda una vida escrita en 33 canciones

«Tomé un blog blanco y así surgió todo. Era la Navidad de 2005», evoca, mientras nos adentramos en el corazón del espectáculo. Estamos en el escenario. Poco a poco, mientras observo el horizonte del teatro, Toño va enhebrando los sentires que habitan su recuerdo. «Me sentaba delante de un piano negro

en el sótano de la iglesia e iba escribiendo las letras; la música estaba toda en mi cabeza, no había partituras». Así, una por una, fueron manando en el papel las canciones de 33, «sin tachones y sin pruebas». Las voces en su mente, la orquesta, las escenas... «Como un auténtico milagro que yo ya era capaz de ver», subraya, sin ser consciente —a Dios gracias— del talento que esconden sus manos. «Y el 21 de mayo del año siguiente lo terminé». Cinco meses, 33 canciones y diez mandamientos escondidos en el corazón de una sola misión: «Solo el amor salvará al mundo».

Un mensaje escrito con la tinta del amor

En menos de una hora comienza la obra. Atravieso el escenario y empiezo a sentir una emoción extraña. En los camerinos se respira alegría, se siente paz, se escucha la melodía de 29 coros solfeando al unísono la banda sonora del cielo. **Mateo y Santiago** se escriben al oído algún secreto por contar. **Juan**, que va en busca de **Pedro**, sonríe a **María Magdalena** y deja, en el vientre de sus ojos, toda la confianza que necesita para sentirse redimida por tanto perdón y tanta herida. **Judas**, consciente todavía de cuánto le quiere Dios, ultima algunos detalles de su rostro. **Caifás** pasea con

toda su serenidad a cuestas. **Tomás y Santiago el Menor**, con sus emociones a medio vestir, comparten la mirada y entonan los primeros acordes de *Bohemian Rhapsody*.

Así, a pinceladas de sosiego, los actores, que han aprendido a dejarse doler por dentro para anunciar, con sus vidas, el mensaje más bonito del mundo, rematan todo lo que necesitan para convertirse en quienes —ya— son. **Christian Escuredo** es Jesús. No solo lo revelan la luz de su mirada, su barba embanderada y su cabello cuidadosamente desordenado, sino la devoción con que sus compañeros —y, por qué no, amigos— le abrazan antes de comenzar la primera función. «Las teclas de este personaje yo las toco con muchísimo cuidado y respeto, porque está vivo en millones de personas de todo el mundo», confiesa el gallego, consciente de que encarnar a Jesús de Nazaret precisa descalzarse para pisar tierra sagrada.

«Su presente es comunicar un mensaje necesario de amor», destaca Escuredo, mientras envuelve con su sonrisa a siete apóstoles y dos demonios que acuden a su encuentro para recordarle que nada es pequeño en el amor, y que aquellos que esperan las grandes ocasiones para probar su ternura, no saben amar. Primero **Mateo, Felipe y Pedro**, luego **Andrés, Bartolomé y Santiago**, después

Juan y, finalmente, Luzbel y Satán —quienes antes de comenzar la función, abandonan, en las manos del amigo, la humanidad que el guión los arrebató—. Y se alejan corriendo, sin dejar de admirarle por temor a perderse sin el eco de su luz. «Mucho ánimo, Chris... ¡Te queremos mucho!», repiten, al unísono, los demonios, mientras impregnan de emoción el alma del protagonista. Y también del escritor...

«Este musical me ha cambiado la vida»

Así, a trazos de vida, van preparando su todo para vaciarse por dentro. Se cuidan, se hablan sin palabras para quitarse algún miedo que pueda quedar prendado en sus abismos. Al modo del carpintero, en susurros de voz semivelada, como fuego que arranca lejanías de algún pasado que les hizo demasiado daño. «A mí, este musical me ha cambiado la vida; me encontraba en un momento personal y profesional complicado, y cuando me llaman y me ofrecen esto...». **Guillermo Stal**, que representa a Judas, posa sobre mi cuaderno todas las pisadas en falso que, finalmente, le han llevado hasta la luz donde ahora mora. «Judas me ha abierto mucho camino. En lo profesional, me ha devuelto la ilusión; y, en lo personal, por cómo se



Escuredo asegura que las teclas del personaje de Jesús las toca con muchísimo cuidado y respeto porque está vivo en millones de personas de todo el mundo.



Los pobres de la ciudad de Jerusalén.



Los apóstoles de Jesús. Delante, Pedro.

trabaja aquí, por cómo es Toño y por las emociones que movemos, me ha cambiado el foco». La mirada de este sevillano esconde el misterio del personaje que interpreta. Me habla de la falta de amor en el mundo, de las balas perdidas con que herimos a la sociedad, del idioma del Jesús que conoció de pequeño. «Lo primordial de este musical es el mensaje, que es imprescindible en el año 2018 y en la vorágine de vida que llevamos todos», subraya. «Y si vas con amor por la vida y con este Jesús en el centro, no te puede traer nada malo».

Detalle y sentimiento que, intuitivamente, confirma **David Velardo**: el apóstol Pedro. «Es un mensaje de amor y lo cantamos de una manera muy bonita». Para mí «es una nueva aventura», y «estoy muy contento de poder desempeñar este rol». Velardo, tras muchos años dedicado a la música, habla con toda la verdad con que es capaz, y su voz —tapizada con la fuerza del personaje que interpreta— es capaz de traspasar cualquier corazón en ruinas. «Es un papel muy importante dentro de la historia», destaca, mientras describe al «líder» de los apóstoles: «Es el capitán del grupo y, a la vez, es muy terrenal», así que «me luzco todo lo que quiero, tanto como actor como cantante».

Desde el otro lado del camerino, **Fran León**, tan amable como desprendido,

me ofrece su testimonio para describir su gratitud. Mira a los ojos con paz, y su sonrisa narra su sentir... «Represento a Santiago el Menor y a uno de los sacerdotes», revela el canario, «y más allá del aplauso, este musical te llena por dentro». Habla de misericordia, de romper con el prejuicio, de la fe... «Este Jesús va más allá de una imagen en un templo, de una cruz e, incluso, de la religión... Nos referimos a una actitud ante la vida: buena, bonita y llena de luz». Fran, en un gesto de confianza, recuerda a su familia y a su tierra, y resume el cariño que encuentra en cada hermano de este elenco que abriga sus días más tristes: «Jesús traslada un mensaje de compasión y de amor». Es el Amor en mayúscula, incide, «de una persona que rompió con todas las escalas de su tiempo».

«María Magdalena es un auténtico regalo»

La vida vuelve a empezar con el otoño. Porque en cada hoja caída, retoña el vuelo una herida que sufrió. Más aún cuando hay amor, abrazo y música donde quedarse mil inviernos a vivir. Lo descubro en la mirada de **María Virumbrales**, la Magdalena que encontró la tumba de Jesús vacía y recibió el don de su presencia resucitada. «Representar a María Magdalena es muy especial, es

un auténtico regalo», revela. Su ternura al nombrar al Maestro y el brillo de ojos reflejan la dulzura de quien ama la Palabra. Su papel se concentra, de manera especial, en No sé tú: «Una canción que tengo como tema principal», y donde «pasa de una desolación absoluta donde nadie la puede querer, a confiar, a ver luz, a sentir que hay esperanza». María habla con su mirada y, en cada verbo derramado, como quien camina por las nubes con toda la poesía en su pecho, se siente —como la que prendió la historia desde un burdel— «liberada, querida y curada».

Tras esta ventana de esperanza, me abrazo a **Laureano Ramírez**, el apóstol Juan. Su alborotada melena y su inocente sonrisa encarnan, a la perfección, al mejor amigo de Jesús. «El personaje de Juan tiene mucho de mí», afirma el granadino, «porque nace de lo que siento y cuenta la obra: el amor que no entiende de fronteras, de colores, de razas». Al final, me llevo lo mejor: «Lo más puro que tiene Juan, que es el cariño por la gente que le rodea». Lauri, que entona cada palabra y la convierte en canción, está entusiasmado con Juan. Y también con Jesús, porque «como se presenta en el musical, es una persona muy natural, sin prejuicios, que solo trata de hacer el bien». Y es necesario, confirma, que la gente lo sepa. «A mí, desde luego, me

ha cambiado totalmente... ¿Y a ti?», pregunta, con una sonrisa traviesa, a Robert Matchez, el apóstol Tomás. No sin antes regalarnos la bienaventuranza que allí los hermana: «Sin amor, la vida pierde su sentido».

Recuperar la figura de Jesús

Robert, como el apóstol al que personifica, guarda —en el fondo de su alma— una fidelidad que se escribe con los signos de un para siempre. «Tomás es el más escéptico de todos, pero cuando cree de verdad, va a muerte con Él», revela el canario. «¿Y desde tu perspectiva como actor?», le interpelo. «Es un proceso duro porque te tienes que poner en la piel de traicionar a un amigo», confiesa, con cierto dolor, «porque, de alguna manera, todos le abandonamos». Y Jesús «no deja de ser alguien que quiere mucho a sus amigos y que da su vida por ellos». En realidad, «es precioso que se recupere esa figura de Jesús para volver a creer que el amor puro existe».

Matchez, con los brazos henchidos de lealtad, desprende una alegría que alumbra las paredes antes que la propia luz del sol. Cree en el amor, y lo publica sin temor: «Esperemos que el mensaje que transmitimos sea el que nos salve». Mientras, al otro lado de los camerinos, el ruido desvela que apenas quedan butacas por cubrir. Intentan averiguarlo Simón, Andrés y Mateo, pero Luzbel, aunque va revestida de demonio, apacigua su inquietud con una tranquilizadora mirada.

«Una extensión de tu hogar»

Detrás de ese semblante demoníaco y tentador, se encuentra Chus Herranz. En su piel, «una niña entusiasta que nunca ha dejado de serlo» y «una enamorada de su trabajo». Después de 19 musicales a sus espaldas y a pesar de que es un personaje «complejo y físicamente duro de interpretar», confiesa que es un regalo. Chus, fuera de los focos, desarma en pedazos todo el mal que acaricia. Es generosa en el ser y de-



María Virumbrales interpreta a María Magdalena.



Toño Casado (izq.), autor y director, con los productores de 33 El Musical.

licada en el cuidar. Y cree, con fe, en lo que sueña... «Desde niña, empatizo mucho con la figura de Jesús y con lo que Él representa», y «el Jesús de esta obra a mí me fascina», descubre. La actriz viaja por registros que van desde el más cómico al más doloroso. Y según habla de la obra, reconoce sentirse en casa: «Es maravilloso venir a trabajar con la sensación de ir a ver a otra parte de tu familia, que vas a una extensión de tu hogar... eso es 33». Para mí «Jesús es amor» y, como ves, manifiesta, al tiempo que deja un beso en la mano de

su compañero Ramsés, «está entre todos nosotros».

El apóstol Mateo, que está inquieto por algún pormenor de su vestuario, llama a la puerta del camerino de Jesús. «Carlos, que Chris no está...», apunta Felipe desde el final del pasillo. Me mira extrañado y, amablemente, me ofrece los porqués de su alegría. Es Carlos J. Benito, alguien que intenta, sin descanso, poner su granito de arena en la felicidad del otro. Se percibe enseguida. Y solo es necesario abandonarse a su manera de sentir para entenderlo perfectamente:

«Es una alegría enorme enfrentarme a este reto por toda la responsabilidad que supone dar vida a alguien que formó parte de la historia de Jesús», afirma, «y meterme en la piel de Mateo me está trayendo muchas satisfacciones a todos los niveles». Carlos no cree en las excusas y hace —de ellas— motivos para seguir derramando el amor que guarda en su alcoba: «Poder viajar cada noche a través de la mirada de Jesús —quien ha formado parte en mi educación durante toda mi infancia y adolescencia de forma voluntaria—, disfrutar y sufrir con su historia, es un viaje apasionante y un verdadero privilegio como actor».

Lágrimas dolientes de una madre

El abrazo verdadero de Carlos me deja enclavado ante la mirada de Jesús y de su Madre. Ya están caracterizados. Hasta huelen a Jerusalén. Y, sin darme cuenta, con un nudo inquebrantable en el alma, noto cómo alguna palpitación extraña apresa mi corazón. **Laura González es María.** «Te intuyo y te siento tan madre de Jesús...», le expreso, a modo de confesión. «Es de las cosas más bonitas que me puedes decir», contesta emocionada, «porque saber que alguien pueda ver en mí a la Virgen, es una felicidad extrema». Laura describe la necesidad de este musical «en medio de un mundo corrompido, donde la gente está triste y ha perdido los valores». Es que tu hijo «enamora a cualquiera», le revelo entre risas, para dejar que sea ella —que está a punto de ser Ella— quien destape tal misterio: «Es muy buena obra para volver a interesarse por la vida de Jesús. A mí, la esencia del mensaje me ha vuelto a atrapar». Y de paso, me confiesa un secreto, con su embellecida y tierna voz, antes de abandonar nuestro encuentro... «Yo también me enamoro de mi hijo y todas mis lágrimas hablan de él». Corazón de

madre sufriente que cautiva cuando canta. Sobre todo a su hijo.

La función está a punto de empezar. Y, de repente, me encuentro cara a cara con Christian. Le expreso mi sentir agradecido por acercarme al Dios de mi vida. «Queríamos hacer a un Jesús alegre, humano y tierno, una persona frágil,



María y Jesús, un verdadero cuadro de la Piedad actual.

con miedos e inseguridades, pero sin perder su poder», reconoce, sin disipar un ápice la magia que esconden sus ojos. El mensaje, cimentado bajo el albor de la empatía, «es una alarma para que nadie se olvide de que las acciones tienen que nacer del amor», susurra, con un hilo de voz que solfea la belleza de Aquel que le quema con su fuego divino y le atrae irresistiblemente hacia sí. Christian, «eres un ser de luz», le confieso, dos minutos antes de comenzar la función. Y su abrazo delicado, que ya reside habitado por Jesús, me regala ese escalofrío de su alegría y su quebranto, que fue la manera de decir «Te quiero» a su Madre hasta el último rescollo de su vida...

La única religión que nunca deja de latir

«Jerusalén es una gran ciudad / es un lugar tan bello como nadie vio / miles de peregrinos viajan hasta allí / para ver

a la gran Jerusalén»... Doce teclas de piano y la voz de Juan advierten la obertura de la obra. He de abandonar el cuaderno para disfrutar de cada palabra aprendida. Ya he conocido la cara más íntima de los artistas. Ahora toca escribirme en sus miradas.

Una vida sin valentía es un infinito camino de vuelta. Ya en casa, abrazado a la noche, tras 150 minutos de pasión, confieso que 33 El musical es un abrazo de paz en medio de un mundo que necesita deshilvanarse de las trincheras del miedo para gritar que el amor es la única religión que nunca deja de latir. Sus canciones sanan, salvan y emocionan, porque los acordes que las dibujan desprenden una sensibilidad difícilmente encontrada en alguna obra de estas características.

Un verso eterno escrito en sus miradas

Enamoran el proyecto, la ternura de María, la sensibilidad escondida de Judas, la dulzura silueteada en las lágrimas de María Magdalena, la magistral interpretación de los demonios, la alegría de Santiago, la generosidad de todos los apóstoles —y las apóstolas—, la llamada a la fe primitiva que los sacerdotes recitan de una manera sublime, la excelente ejecución de Caifás y, sobre todo, ese Dios que, pase lo que pase, me ama y me perdona. A partes iguales. Porque Christian, que no es consciente de lo que pasa en él cuando se reviste de Jesús de Nazaret, declama el último poema que cualquier alma vacía y rota ansía. No solo por su sonrisa, su delicadeza y su bonita voz, que empapan de calor el frío Getsemaní de la soledad, sino por cómo es capaz de ponerse en la piel de Aquel que se deja hasta morir, para enseñarnos que la única religión, el único camino y el único mandato es —y será— el amor. ■

Carlos González García